

La amistad bate la cola

Marina Colasanti

Ilustraciones de Claudia Rueda



loqueleg



*Ésta es la historia de las dos perritas de color
de leche y miel, una historia que tiene
un poco de tristeza y mucha alegría.*



Y que comienza cerca de la Navidad. ¿Qué tan cerca? No lo sé. Pero lo cierto es que la Navidad se venía aproximando a nuestras expectativas cuando Tusca llegó.

Todavía no se llamaba Tusca. Probablemente tenía algún nombre, allá de ella, que nosotros nunca supimos. A nosotros surge sin nombre, una perrita aparecida de repente en el jardín, en la terraza de nuestra casa de campo.

No tenía el aire de quien anda sin rumbo, de quien está ahí, pero podría estar en cualquier otro lugar. No había en ella vacilación alguna. Vino andando firme por el prado, firme a pesar de sus pasos pequeños. Después subió el escalón de piedra, avanzó hasta donde estábamos sentados leyendo el periódico y se detuvo. Como si la hubiéramos llamado.

Se detuvo y se quedó mirándonos.

Blanca, pintada de color canela.

El pelo corto. El hocico puntudo.

Los ojos negros un poco saltos.
Toda ella pequeña.

Una perrita sin nada
de especial. Simpática,
sin embargo.



Le hicimos aquellos
mimos cautelosos que se le hacen a un perro que
no es nuestro.

Ella se comportó como si hubiera venido exactamente para eso, y para algo más.

Comida, seguro. Pensamos
enseguida que debía tener
hambre. Conseguimos leche,
pan. Carne no teníamos,
alimento para perros, mu-
cho menos. Pareció muy feliz

con lo que le ofrecimos, servido
en uno de esos platos de plástico que se ponen
bajo las materas. Comió con avidez, pero con
buenos modales caninos. Comió y no dio señales
de querer irse.

